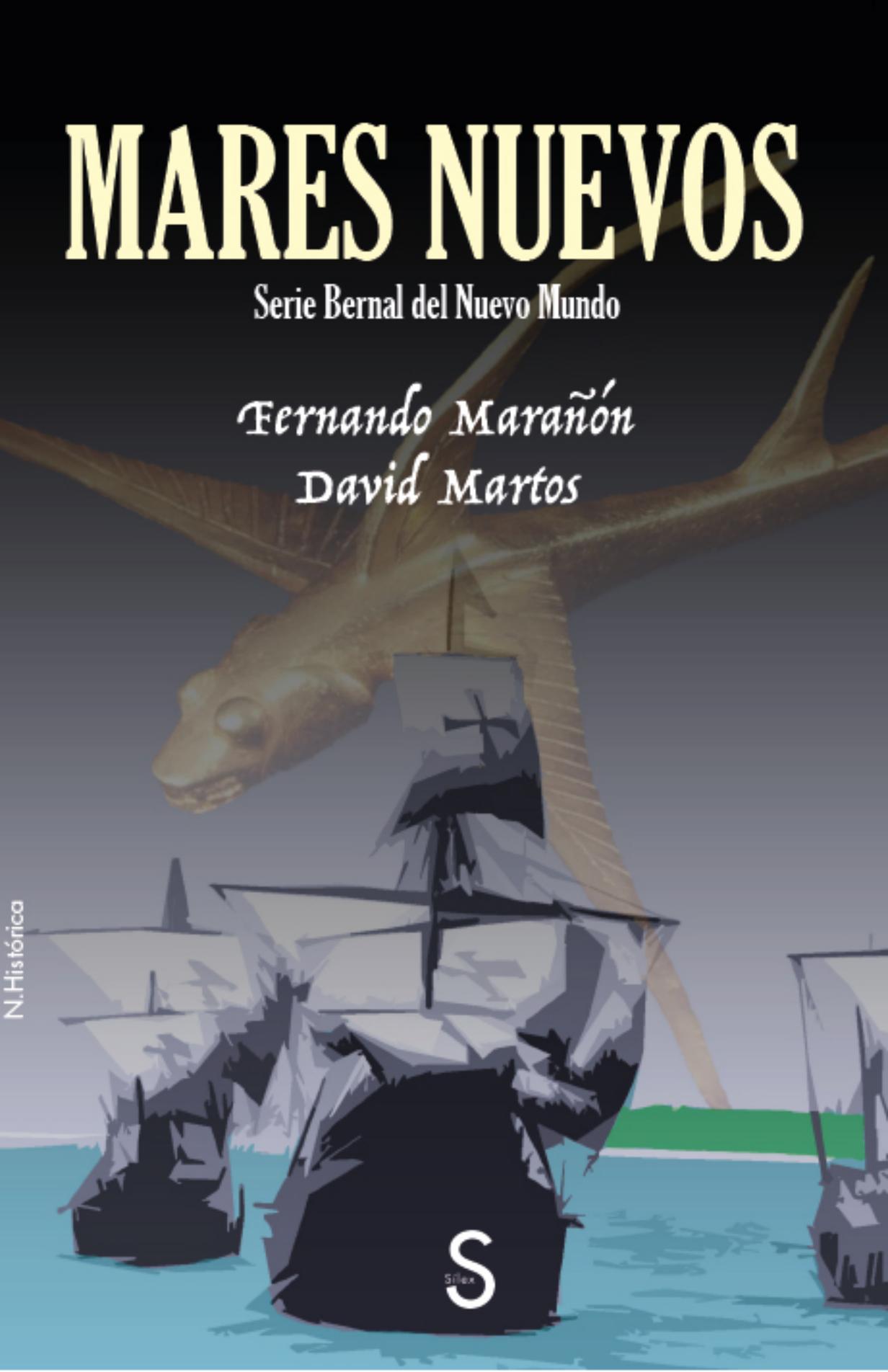


# MARES NUEVOS

Serie Bernal del Nuevo Mundo

*Fernando Marañón*  
*David Martos*

N. Histórica

The book cover features a stylized illustration of a large, golden dragon-like creature with wings spread, flying over a sea of teal water. In the foreground, three dark, stylized sailing ships with white sails are visible. The background is a light blue sky with a green horizon line. The publisher's logo, a white 'S' with 'SILEX' underneath, is positioned at the bottom center.

S  
SILEX

**L**a primera etapa de la conquista de América, fiel a cuantos hechos se conocen de ella. Primera entrega de una ambiciosa trilogía, que permite viajar en el tiempo de la mano de grandes personajes llenos de encanto. Una obra con la que disfrutar la Historia, viviendo toda clase de aventuras, intrigas, descubrimientos, amores y desengaños, en busca de fama y fortuna.

Bernal de Conil tiene apenas trece años cuando embarca en La Pinta. Corre el año 1492 y un tal Colón comandará la aventura de cruzar la Mar Océana. Al otro lado del mundo, un joven taíno llamado Cói sueña con los hombres "de pelo en la cara" que han de venir y ayudar a su pueblo frente a una tribu hostil. Con el encuentro de ambos mundos, dará comienzo una epopeya que cambiaría el curso de la Historia Universal.

De regreso a la península, el de Conil se ve envuelto en la preparación de un segundo viaje. El todopoderoso archidiácono Rodríguez de Fonseca cuenta para cumplir sus propósitos con el escribano Bartolomé de Alcaudiel, su hermosa hija Catalina y el propio Bernal. Grandes personajes del periodo, desde Colón hasta Alonso de Ojeda, Caonabó, Ovando, Anacaona, Balboa, Pizarro o Cortés se suman a una galería de tipos inolvidable que irá cimentando el esplendor español en esta punta del reino.

Bernal llegará a embarcar con su ahijado para la exploración de Tierra Firme, mientras su amigo taíno se convierte en un jefe guerrero cada vez más acorralado. En un permanente juego del escondite, sus destinos se cruzan sin tocarse, coincidiendo con personajes claves de la conquista. Ambos saben que están condenados a encontrarse tarde o temprano y solo un milagro puede evitar que se maten el uno al otro.

IBIC: FV  
ISBN-2 978-84-19077-00-8



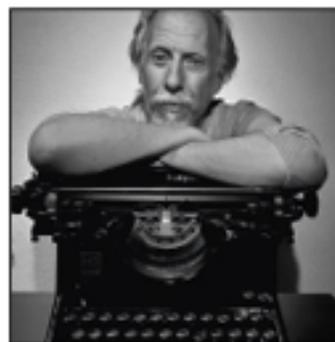
9 788419 077271



N.Histórica



www.historiadelnuevo.com  
facebook.com/historiadelnuevo



**Escribe:**

**Fernando Marañón**

Escritor, dibujante y director creativo. Ha publicado *Circo de fieras* (2004 y 2010), *Tiene delito* (2006) y *Gilda en los Andes* (2017), además de obras colectivas y de encargo. Fue durante años colaborador en Cadena SER, Telemadrid y Onda Cero



**Documenta:**

**David Martos**

Investigador y apasionado de la historia de la América española, se ha convertido en uno de los principales divulgadores online del periodo a través de su blog, [www.historiadelnuevomundo.com](http://www.historiadelnuevomundo.com), que es referencia sobre la Conquista de América.

[www.BernalDelNuevoMundo.com](http://www.BernalDelNuevoMundo.com)

# MARES NUEVOS

SERIE  
BERNAL DEL NUEVO MUNDO

*Fernando Marañón*  
*David Martos*

*Prólogo de Juan Laborda*



S  
Silex

© FERNANDO MARAÑÓN, 2022  
© DAVID MARTOS, 2022

Del prólogo:  
© JUAN LABORDA BARCELÓ, 2022

EDITOR: RAMIRO DOMÍNGUEZ HERNANZ

© Diseño de cubierta: RAMIRO DOMÍNGUEZ HERNANZ  
© Imagen de cubierta: *Alegoría del Nuevo Mundo*

© Fotografías de solapa: ALEJANDRA MARAÑÓN, 2022

C/ San Gregorio, 8, 2, 2ª, 28004, Madrid  
España  
[www.silexediciones.com](http://www.silexediciones.com)

Primera edición: septiembre, 2022

ISBN: 978-84-19077-60-8  
Depósito Legal: M-21588-2022

Colección: N.Histórica

Impreso y encuadernado en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 372 04 97)

## CONTENIDO

### LAS RAÍCES AFILADAS DEL EDÉN *Por Juan Laborda Barceló*

13

### LIBRO PRIMERO EL PRIMER VIAJERO

17

CAPÍTULO I:	
HACIA MAR ABIERTA .....	21
CAPÍTULO II:	
LAS AFORTUNADAS .....	27
CAPÍTULO III:	
LA MAR OCÉANA.....	33
CAPÍTULO IV:	
DE BODAS Y BAUTIZOS .....	43
CAPÍTULO V:	
EL MAR DE LOS SARGAZOS .....	53
CAPÍTULO VI:	
SIN VIENTO .....	59
CAPÍTULO VII:	
DIEZ MIL MARAVEDÍES .....	65
CAPÍTULO VIII:	
CÁICIHU DE SAN SALVADOR .....	71
CAPÍTULO IX:	
DOS IMBERBES .....	77
CAPÍTULO X:	
SANGRE EN FERNANDINA .....	87
CAPÍTULO XI:	
CIPANGO .....	97
CAPÍTULO XII:	
LA TAÍNA .....	105

CAPÍTULO XIII:	
PALABRAS DESCONOCIDAS .....	III
CAPÍTULO XIV:	
MAR FURIOSA .....	117
CAPÍTULO XV:	
LA PINTA .....	123
CAPÍTULO XVI:	
UN PEZ DE ORO .....	133
CAPÍTULO XVII:	
JAMÓN .....	139
CAPÍTULO XVIII:	
CAPITÁN Y ALMIRANTE .....	147
CAPÍTULO XIX:	
FUERTE NAVIDAD .....	155
CAPÍTULO XX:	
39 ALMAS .....	161

**LIBRO SEGUNDO**  
**LA ESPAÑOLA**

167

CAPÍTULO I	
CENIZAS DE LA FAMA .....	171
CAPÍTULO II:	
LA MARCHA TRIUNFAL .....	179
CAPÍTULO III:	
SEVILLA .....	187
CAPÍTULO IV:	
NOTICIAS DE BARCELONA .....	197
CAPÍTULO V:	
ARMAR LA ARMADA .....	205
CAPÍTULO VI:	
MOZALBETE, PRIMO, ESCRIBANO, ESPÍA .....	215
CAPÍTULO VII:	
CÁDIZ .....	221

CAPÍTULO VIII:	
PALOMAS .....	227
CAPÍTULO IX:	
NOMBRES ESCRITOS EN EL AGUA .....	237
CAPÍTULO X:	
FANTASMAS .....	243
CAPÍTULO XI:	
GUACANAGARIX .....	253
CAPÍTULO XII:	
LA ISABELA .....	259
CAPÍTULO XIII:	
GENOVESES .....	265
CAPÍTULO XIV:	
LA EPIDEMIA .....	275
CAPÍTULO XV:	
REBELIONES.....	283
CAPÍTULO XVI:	
LA VIRGEN DE LAS LANZAS .....	293
CAPÍTULO XVII:	
BARTOLOMÉS .....	307
CAPÍTULO XVIII:	
LA CANCIÓN DE ROLDÁN .....	319
CAPÍTULO XIX:	
BARBAS BERMEJAS EN SANTO DOMINGO .....	329
CAPÍTULO XX:	
HURACANES.....	339

**LIBRO TERCERO  
LAS TRES PERLAS**

351

CAPÍTULO I:	
REINO SIN REINA .....	355
CAPÍTULO II:	
EL CACIQUE Y LA ANCIANA .....	365

CAPÍTULO III:	
LA CRUZ Y LA ESPADA .....	373
CAPÍTULO IV:	
TRUCO DE CONQUISTADORES .....	379
CAPÍTULO V:	
RECUERDOS DE CUBA .....	391
CAPÍTULO VI:	
SECRETOS DE UN MATRIMONIO .....	399
CAPÍTULO VII:	
BERNAL DEL MARIÉN .....	405
CAPÍTULO VIII:	
PECES DE TIERRADENTRO .....	417
CAPÍTULO IX:	
LA PERLA DE SAN JUAN .....	423
CAPÍTULO X:	
EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA .....	433
CAPÍTULO XI:	
AMORES TAÍNOS.....	443
CAPÍTULO XII:	
QUIÉN SE QUEDA EN EL FUERTE .....	447
CAPÍTULO XIII:	
LOS NÁUFRAGOS Y LOS HOMBRES CAIMÁN .....	459
CAPÍTULO XIV:	
ENCISO, BALBOA Y SU PERRO .....	467
CAPÍTULO XV:	
CAONAO .....	481
CAPÍTULO XVI:	
EL CABALLERO DE LA VIRGEN .....	489
CAPÍTULO XVII:	
TORMENTAS EN ADVIENTO .....	499
CAPÍTULO XVIII:	
EL INDIO QUE SUEÑA Y LA DAMA QUE VELA .....	505
CAPÍTULO XIX:	
EL MAR DEL SUR.....	515
CAPÍTULO XX:	
CARTAS SEVILLANAS .....	521

CAPÍTULO XXI:	
LUTO RIGUROSO .....	527
CAPÍTULO XXII:	
SEBASTIÁN DE CONIL .....	531
CAPÍTULO XXIII:	
INDIO CONTRA PERRO .....	537
CAPÍTULO XXIV:	
UN HOMBRE CON SU ATAUD .....	543
CAPÍTULO XXV:	
SUEÑOS Y PESADILLAS .....	555
CAPÍTULO XXVI:	
ORDENO, MANDO Y MATO .....	559
CAPÍTULO XXVII:	
SABORES AMARGOS .....	567
CAPÍTULO XXVIII:	
LA TERCERA PERLA .....	573
CAPÍTULO XXIX:	
PECES VOLADORES .....	581
CAPÍTULO XXX:	
LA HABANA .....	589



# LAS RAÍCES AFILADAS DEL EDÉN

POR JUAN LABORDA BARCELÓ

La Historia es un imposible, un constructo urdido por los hombres, pero no por ello dejamos de abordarla una y otra vez. Clío ha tenido novios de todos los pelajes. Conocer el pasado ha sido una obsesión cultivada con ahínco por todos aquellos capaces de sostener un cincel o empuñar una pluma. El relato, el panegírico, la crónica, el ensayo o la biografía son algunos de los ropajes con los que se ha vestido a la musa. Hoy, afortunadamente, vuelve a haber un despuntar de la ficción como vía para aproximarse a lo pretérito. La novela histórica está de moda, pero no todas ellas son iguales (como sucede con el grosor de sus lomos). Los hechos, y sus interpretaciones diversas, suscitan controversias sinfín, lo cual lejos de ser un problema relativizador demuestra la salud de la que goza la reflexión sobre lo que fue. Es, en definitiva, la importancia de los ecos. Esos murmullos lejanos son, a través de las ondas del tiempo, capaces de convertirse en mucho más. En ellos perviven intangibles, sometidas al azar y a la voluntad, las esencias que nos definen.

Cuenta la tradición griega —que no deja de ser un relato fantástico y cargado de humanidad— que Perseo, tras cortar la cabeza de Medusa e iniciar su peregrinaje, derramó unas gotas de la sangre de la bestia sobre el Atlas. De esa libación nacería una criatura insólita. La Anfisbena o serpiente de dos cabezas. Una a cada extremo del cuerpo alargado, una mirando eternamente a occidente y la otra a oriente. A los amantes de la historia precolombina les sonará la imagen. Los mexicas también usaron esa poderosa figura en su mitología.

Maquizcoatl era una culebra cuyas dos cabezas convivían sin llegar a entrar en conflicto. Y así, con este tándem bicefálico y portentoso, muestra innegable de la fuerza subyugante de los arquetipos, llegamos hasta la novela que ahora ve la luz, *Mares nuevos*. Escrita por Fernando Marañón, documentada por David Martos e ideada por ambos, la obra tiene mucho que ver con lo explicado. En ella la dualidad es tanto una metáfora como una argamasa enriquecedora.

La dupla de creadores se atreve a rizar el rizo de la Historia con una fórmula audaz e híbrida. Un documentalista curtido en las lides técnicas (arqueológicas y factuales) aporta el caldo primigenio perfecto para que un autor, ducho en narraciones plenamente literarias, fabule sin perder nunca el espíritu de aquel tiempo. No en vano, las dos cabezas, como las de la serpiente de marras, apuntalan un proyecto tan ambicioso como bien estructurado. La serie *Bernal del Nuevo Mundo* recorrerá la conquista de América (el conocido encuentro o desencuentro) desde las iniciales zonas caribeñas hasta las grandes culturas del interior del continente.

Lo dual, no obstante, no acaba aquí. En esta primera entrega descubriremos, además de un conocimiento excelso de los compases iniciales de la conquista desde la perspectiva castellana, algo más. Se trata del otro lado. Es lo que podríamos llamar la alteridad indígena. Hay en la obra una muy singular y equilibrada importancia del universo taíno, pueblo originario de aquellas primeras islas tomadas por los españoles. No es una armonía sencilla de lograr, pero se mantiene a lo largo de toda la saga, como la forja de un buen metal a pesar de los golpes. Lo sincrético, capaz de fundir mundos teóricamente opuestos, enlaza creencias por un cordón umbilical que serpentea entre dos culturas, como el cuerpo de un gran ofidio.

Igualmente diverso será el sentir de los hombres, protagonistas absolutos de lo que toca al pasado. La búsqueda de la fama, las necesidades económicas y la sorpresa por lo que la mirada atrapa,

dota a los protagonistas de estas letras y de aquellos hechos de una humanidad tan creíble como doliente. Harán lo necesario para sobrevivir y seguir avanzando. Las mentalidades en el seno de la Monarquía Hispánica así lo dictaban: la defensa de la fe y la incorporación de nuevos territorios eran las puntas de lanza de la idiosincrasia del momento. Y no olvidemos que la sociedad de la Edad Moderna era, por definición, muy violenta. Ideales, expectativa, valor y delirio. Bernal y sus compañeros son fascinantes, como la contradicción pura. Están cortados fielmente por el patrón de una época, pero sin perder esos rasgos particulares que los convierten en compañeros perennes de la memoria. El lector encontrará en ellos una pulsión, un destello. Es lo que arde en la pleura cuando nos abandonamos a la lectura de una prosa justa o al disfrute y recreación de otros tiempos. Es decir, en ellos late la vida real en cualquier momento, más aún en los de gestas y tierras por descubrir. Por decirlo con Petrarca, lo importante es, evidentemente, el viaje, no el destino. Al acabar este libro, tampoco seremos los mismos.

Estamos en el umbral, no obstante, de un nuevo desdoblamiento. Y es el que corresponde a la cuestión genérica de estas letras. Marañón y Martos han logrado, no nos engañemos, convertir la Historia bien documentada en aventura. Y esto no puede más que insuflar aire en las velas de la muy estandarizada novela histórica. La aventura no es sólo un modo de narrar que ya popularizasen los grandes autores para el gran público, como Sabatini, Salgari o Verne. Nos encontramos ante una manera nueva de contar la adversidad, tan dramática y celosa con los datos como ágil en su estilo y armazón. Es un rigor intensamente narrativo que viene a modernizar el género, pero con mimbres antiguos. Podría ser algo así como la genial frase de Giuseppe Tomasi di Lampedusa en *El Gatopardo*: “Cambiar todo para que nada cambie”.

En este cajón de la aventura cabe todo: la mujer en el Antiguo Régimen, la familia y sus cuitas, las encomiendas, batallas

feroces sobre arenas blancas con armas de madera, amuletos que vuelan, pasiones del bajo vientre... No hay nada nuevo bajo el sol de los instintos. El ser humano no ha cambiado sus miserias y grandezas desde que empezó a caminar erguido, pero aquí refresca el cambio de perspectiva, el calado y la amenidad. Recrear aquello que hoy es aire y palabra con el brío de una prosa tan trabajada como el hierro, pero que se bebe como el agua, como decía Jardiel Poncela, es algo al alcance de muy pocos. Marañón es uno de ellos. Nunca les habrán contado así la Historia.

Ortega y Gasset escribió a la altura de 1925 que, además de la Filosofía, las dos emociones intelectuales del futuro serían la novela y la Historia. Quizá contaba el pensador madrileño con la aparición de obras como esta, capaces de aunar el entretenimiento con la tragedia, la rigurosidad con el ritmo y el amor por el pasado con una riqueza léxica de altura literaria. Todo ello logra el imposible. Sentir el tiempo de la conquista como una herida en la pupila, una punzada bravía en el pecho y, en definitiva, como un golpe de brisa marina en el rostro. Eso, y mucho más, es lo que estás a punto de comenzar, querido lector. No mires atrás. No retrocedas. Buen viaje.

**LIBRO PRIMERO**  
**EL PRIMER VIAJERO**



“Las cosas suplicadas y que Vuestras Altezas dan y otorgan a Don Cristóbal Colón en alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares Oceánicas, del viaje que ahora, con la ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que siguen...”.

17 de abril 1492. Capitulaciones de Santa Fe.  
*Yo el Rey. Yo la Reina.*

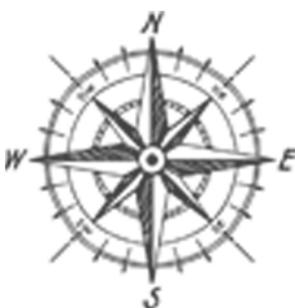


# Descubrimiento

1492

Palos de la Frontera  
3 agosto 1492

Islas Canarias  
6 de septiembre 1492





## CAPÍTULO I: HACIA MAR ABIERTA

De cómo me encontré a bordo de una de las carabelas que iban en busca de una nueva ruta hacia *Las Indias*, baste saber de momento que mi madre viuda, a quien Dios tenga en su Gloria, me envió a la edad de 13 años a *La Rábida* con recomendaciones para un fraile pariente nuestro, el mismo que en mi primera infancia me enseñara a leer y a escribir, a chapurrear latines y a recibir pescozones sin rechistar.

Aquel bendito, seco de carnes y de alma bajo sus amplios hábitos talaes, no sabía dónde ponerme, esa es la verdad. Pero conocía mi infancia de costa y barquichuelas, mi educación más que decente y mi natural soñador y animoso.

Aunque delgado y no muy alto, yo estaba fuerte y sano. También decían los frailes que era bien parecido, por los ojos grandes y oscuros, la pelambre castaña abundante y revuelta, o la boca sonriente y decidida. Así que, antes de verme rezar demasiadas salves, mi pariente rescató favores y devociones con los que sacarme de allí.

Un extranjero llamado Colón ultimaba un viaje por mar que conseguiría llegar a Las Indias en poco tiempo. Antes que los portugueses, quienes lo intentaban desde algunos años atrás, costeando el África en dirección sur.

A Colón, mi tío fraile no le trataba, ni tragaba, aunque conocía bien a los capitanes que iban a acompañarle y, de esta manera, su amigo Martín Alonso Pinzón me tomó como grumete para todo y paje para lo que se le fuese ofreciendo durante el viaje a bordo de *La Pinta*, una carabela lista para zarpar.

Lo hicimos desde la isla de Saltes, frente a Palos, el 3 de agosto de 1492. Y yo, Bernal de Conil, formé parte en aquella

aventura que acabaría multiplicando por cien el poder de un reino.

La Pinta era un buen barco y no lo digo porque me tocara en suerte. Además, contaba con los mejores marineros que podían reunirse en aquel verano. Los Pinzón tenían mucho prestigio y bastó saber que hacían el viaje, para enrolar a los más capaces de tan misterioso oficio.

La Pinta portaba velas cuadradas en los palos de trinquete y mayor. En cambio, el palo de popa, que muy pronto aprendí a llamar mesana, llevaba vela latina. Aun así, era un barco rapidísimo, lo comprobaría semanas más tarde, y permitía embarcar a 25 hombres. Francisco Martín, hermano de mi señor Alonso, era el maestro de la carabela. Como nunca se llevaban la contraria, pese al tiempo transcurrido desde entonces sigo sin saber qué diferencia hay entre un maestro y un capitán. De lo que sí estoy seguro es de haberles caído en gracia a los dos desde el primer momento, no sé si por pena de mi situación o por contar al fin a bordo con alguien sin mañas de amigo y marinero. Como dijo Martín Alonso: “un mozalbate desconocido, rumbo a lo desconocido”.

Completaban la pequeña flota otras dos naves de similar cariz. Una era La Santa Clara, carabela llamada así en honor de la santa venerada en el monasterio de las Clarisas de Moguer, aunque todos los marineros que traté en aquel viaje llamaban a aquella carabela “La Niña”, por el apellido de Juan Niño, propietario y hermano mayor de un clan que, para la travesía, contaba también con Francisco y Cristóbal, aunque su capitán era Vicente Yáñez, hermano menor del mío.

La Niña tenía 54 toneladas de arqueo y espacio para veinte hombres, aunque subieron algunos más. Había sido aparejada en el puerto de Moguer, donde fue construida por carpinteros de la ribera, y lucía velas latinas.

Pero la principal, como enseguida se sabrá, era la nao Santa María, a la que llegaría en bote Cristóbal Colón directamente

desde el monasterio de La Rábida, para subir a bordo con cierta ceremonia y transmitir a las tripulaciones su condición de jefe máximo en aquella aventura. No hacía falta, el barco del almirante era visiblemente mejor.

La nao que los marineros llamaban también “La Gallega” y, sobre todo, “Marigalante”, podía llevar una carga de III toneladas y tenía 84 pies de eslora. En el palo mayor aparejaba dos velas cuadradas. Una vela de gavia y la mayor con una orgullosa cruz roja en su centro. El trinquete llevaba solo una vela cuadrada y el palo de mesana una vela latina. Contaba con castillo en proa, del que salían las dos velas más adelantadas. Del bauprés, esa lanza que apunta al horizonte y amenaza al aire, colgaba una vela de cebadera. La Santa María iba provista además de cuatro bombardas y unas cuantas culebrinas, por si las cosas se torcían como para tirar de pólvora.

Su tripulación, de casi cuarenta hombres, contaba con un puñado de montañeses y vizcaínos, grandes marinos de carácter terrible. Los del mar de Andalucía lo compensábamos con mejor humor y un estilo más fogoso, aunque el sol y la falta de viento son capaces de aplastar cualquier carácter, el reconcentrado y el burlón. Tiempo al tiempo.



Me olvidé enseguida de la tierra firme, porque mis atribuciones no eran del todo claras y eso da más quebraderos de cabeza que conocerlas bien de antemano. Teníamos un capitán y un maestro, Martín Alonso y su hermano Francisco, un piloto llamado Cristóbal García y un contra maestro de nombre Juan Quintero de Algruta, encargado de distribuir el trabajo. Pero Quintero se preocupaba de la marinería y yo entonces no parecía formar parte de ella.

Los verdaderos grumetes, una piña de seis hombrecitos celosos de su terreno, fingían tener entre 18 y 20 años, mientras

que los pajes iban de mi edad hasta los 17. Enseguida comprendí que yo no era una cosa ni otra. Servía a los Pinzón, ayudaría al boticario Maestre Diego y hasta como copista de escribanía me iban a utilizar. Sin embargo, al comienzo de la travesía hacia las islas Canarias nadie tenía mayor cosa que encargarme, ocupados todos como estaban en darle lustre a la navegación de aquella carabela alquilada y segundona, pero dispuesta a comportarse con empuje de capitana.

Había navegado antes en embarcaciones de pesca de diferente tamaño y eso me sirvió para tener las tripas en su sitio, no para saber lo que una carabela representaba. Además de las velas, los obenques que sujetaban el mástil a cubierta, la bomba de achique, el timón o el ancla, que ya me eran conocidos, la nave tenía toldilla en la popa, sobre la cubierta principal y sirviendo de techumbre al camarote de don Alonso. También una bodega que entonces me pareció colosal.

Contábamos para aquella parte del viaje con grandes toneles de agua y otros más pequeños de vino y vinagre, carne y pescados en salmuera, manteca, queso, harina, cebollas, ajos, legumbres, alguna fruta y mucho bizcocho, un alimento que he llegado a detestar profundamente.

Hace tiempo que juré ante un altar mayor que Bernal de Conil jamás volverá a comer bizcocho, ni recién hecho, ni duro como piedra.



Después de rezar la salve con la que se daba fin a la jornada, llegó la noche y el cielo sobre nosotros se volvió negro y se tachonó de estrellas. Entonces los marineros se distribuyeron por la cubierta para dormir. Solo el capitán tenía camarote en el castillo de popa, pero la luz de algún sebo se filtraba por las rendijas de su puerta, tras la cual conferenciaban él y su hermano Francisco, supongo que para estar de acuerdo en todo

en cuanto volviese el sol. Así que busqué un grupo en el que no hubiese pajes ni grumetes y me senté a escuchar noticias e imaginaciones de la marinería.

Respecto de Colón, responsable último del viaje, nadie parecía tenerle confianza, puesto que era extranjero. “Genovés”, masculló una sombra. Pero vaya uno a saber: ese era un origen muy socorrido para decir de cualquiera que era un avaro.

Se dijo también por lo bajo que había conseguido el favor de nuestra majestad la reina Isabel con más zalamería que sapiencia, con promesas de riqueza o con empecinamiento puro y duro que obligó a La Católica a quitárselo de encima como fuere. Cada versión dependía por completo del marinero que opinara del asunto. Y lo mismo venía a suceder de los dineros que se necesitaban para costear todo aquello: que si ella había empeñado a la Corona en bancos genoveses, que si había vendido sus joyas, que si eran los Pinzón los que adelantaban los maravedís, porque Martín Alonso había regresado del Vaticano después de consultar en la biblioteca del papa Inocencio el mapamundi de un tal Germanus...

Aquello condujo a rumores aún más oscuros. Según otro marinero, irreconocible en la oscuridad, Colón había recogido en la isla de Madeira a un navegante español que se encontraba en sus últimos días. Aquel marino, de Huelva según la sombra de nuestra cubierta, había llegado muy lejos hacia el oeste por capricho del mar. Le contó ese viaje a Colón antes de morir, y luego fue convenientemente olvidado. Pero no antes de regalarle al genovés datos inestimables sobre vientos y distancias.

En fin: que, a despecho de asentimientos y negaciones, cada cual se contentaba con su propia y corta idea de los hechos, entonces como ahora, por los siglos de los siglos amén.

Cuando finalmente aflojaron las voces autorizadas, alguien repartió en la oscuridad unos trozos de mojama y masticamos en silencio, circundados de negrura y murmullo oceánico. A babor, algo lejanos, subían y bajaban los fanales de las otras

naves. Al poco tiempo, muchos ronquidos se acompasaban con el cabeceo de nuestra carabela. Mis ojos ya apenas se mantenían vigilantes cuando me deslumbró el resplandor repentino de la puerta abierta al camarote de don Alonso.

— ¡Bernal de Conil, venid aquí! – gruñó el capitán hacia la noche de cubierta.

No tuvo que repetirlo. Me incorporé para alcanzar el dintel en tres saltos. Martín Alonso me empujó dentro a la vez que cerraba, como lo hubiese hecho con un distraído cachorro de mastín.

— Acércate y toma un poco de vino.

Su hermano Francisco estaba sentado en un serijo castellano, con la mandíbula apoyada sobre los puños y gesto cansado. Se parecían en el cuerpo y menos en el rostro. Martín Alonso, algo pálido para su oficio y con el pelo cortado a la cortesana, tenía mejor presencia, pero ambos habían bebido para celebrar el primer día de navegación. Francisco señaló con los ojos la única liara que aguardaba sobre la mesa y comprendí que el vaso más rudimentario era el mío, así que lo cogí y tomé un buen trago de mi primer blanco sin consagrar.

Los Pinzón aprobaron aquel ademán, dándome la sensación de que tampoco ellos me veían como un verdadero marinero de a bordo. Me lo confirmaron las palabras del capitán, que al cabo habló sin tomar asiento ni dignarse a indicarme alguno:

— Si todo va bien, llegaremos a la isla de Gran Canaria en cinco o seis días. ¿Qué le ha parecido el primero, Bernalillo?

Mis ojos miraban los escritos y cartas locamente anotados que se esparcían junto a los dos hombres, sabiéndome incapaz de articular palabra digna de salir a flote. Me decidí al fin:

— ¿Y Las Indias? ¿A cuántos días están?

— Eso ya lo veremos.

## CAPÍTULO II: LAS AFORTUNADAS

*Cáicihu* despertó a su hijo en la oscuridad susurrante del poblado. Había luna grande, pero su claridad no llegaba hasta allí. El adolescente se incorporó en la hamaca y distinguió a su padre sin necesidad de verle: El cacique taíno tenía unas manos grandes, cálidas y valiosas que podían reconocerse entre un millar.

— Estabas soñando, Cái. Y era un mal sueño.

— Lo sé, padre. Era de esos sueños que luego recuerdo.

— ¿Sobre los desconocidos que han de venir?

— Sí.

El cacique movió la cabeza resignadamente. Creía en las visiones de su primogénito. Desde que empezó a contárselas con las primeras frases, la mayoría se habían cumplido. Y *Cáicihu* ocultaba el convencimiento de que aquellas que aún no lo habían hecho, acabarían haciéndolo.

— Cuéntame qué has visto.

— Una de nuestras playas. Había hombres muertos sobre la arena. Bastantes, cubiertos de sangre. Varios eran taínos, no pude reconocerlos de uno en uno, pero sentí que formaban parte de otro poblado.

Su padre entornó los ojos, aunque Cái no iba a verlo.

— La mayoría de los caídos eran caribes, muchos tenían quemaduras alrededor de las heridas del pecho o la cabeza que les habían matado. También se veían muertos extraños a nosotros. Personas con las piernas y los brazos cubiertos de telas de diferente color. Tenían mucho pelo en el rostro, alrededor de la boca, bajo ella.

— Los desconocidos.

— En el centro de esa playa llena de muerte estaba yo, en pie, frente a un extraño joven, sin pelo en la cara. Aquel muchacho no era taíno ni caribe. Era de la tercera raza.

— ¿Peleabais?

— No. Estábamos riendo. En medio de toda aquella muerte, reíamos como dos locos.



La navegación no tuvo contratiempos, al decir de la marinería, pero el bamboleo de la carabela sobre el oleaje era tan acusado y continuo que no tardé en preguntarme cómo se pondría la situación con mar picada o en medio de cualquier tormenta. Ya no me parecía una embarcación tan impresionante.

Lo que me mantuvo el ánimo fue ver aliviarse a los marineros. Mis salidas anteriores al mar nunca me retuvieron más allá de unas horas. Aquí, en cambio, no había tierra a la que volver para hacer de vientre, así que se cagaba por la borda, algo infinitamente más difícil que echar una simple meada. Supongo que los demás estaban habituados, pero yo jugué a hacer cálculos silenciosos sobre quién perdería pie con el esfuerzo o un salto repentino de la carabela, siendo arrastrado al agua por la fuerza de su propia mierda.

Claro, que eso me divirtió solo en las primeras ocasiones en que presencié el equilibrio marinero con culos al aire. Después de un par de días demorándolo, tuve que pasar los mismos apuros.

Al sexto día de navegación desde Palos, llegamos al archipiélago donde nos abasteceríamos más si cabe para cruzar la mar oceánica. Nunca había visto un volcán y mucho menos eructando fuego, pero una de las islas mayores estaba coronada por una montaña en llamas y los marineros más curtidos me hablaron de la ira del Teide. Según ellos, la vomitaban las entrañas de aquella isla en la que, afortunadamente, no

íbamos a detenernos. Tenerife, habitada de tercios guanches liderados por el mencey Bencomo, se resistía aún al dominio de la Corona.

Nuestro destino final era La Gomera, a cuya bahía se asomaba la pequeña población de San Sebastián: un puñado de casas de barro y techumbre de rama, paja y palmas, con huertos traseros y cuadras dentro para el ganado familiar. Destacaban en hechuras y tamaño la ermita de la Asunción, la residencia de los señores de la isla y la Torre de defensa, una fortificación alta y maciza que infundía respeto y daba tranquilidad ante cualquier amenaza. En aquellas islas existía aún, según me contara el hermano del capitán. Apenas tres meses antes de nuestra llegada, por el mes de mayo, el gobernador Francisco Maldonado había fracasado en el asalto de Anaga y la isla cuyo gran volcán escupía fuego hacia el cielo como un dragón agonizante, seguía siendo un quebradero de cabeza para la Corona y los hombres destacados en aquella punta del reino.

La operación de desembarco en La Gomera volvió a repetirse en cuanto a solemnidad y escalafón: desde la nao Santa María, el almirante con sus mejores brocados y la cabeza cubierta de excelente paño, se dispuso a cruzar la bahía erguido en el batel que impulsaban los remos de cuatro hombres.

Los Pinzón dieron a la barquita del “genovés” poca ventaja, la justa para no desairarle ni sentirse a su vez desairados.

En primera línea del recibimiento en tierra firme estaba una dama noble y enlutada de barbilla para abajo, con grandes ojos negros y porte altivo. Pero Colón había ablandado cueros más duros que el suyo y con sonrisas, reverencias e impostadas humildades se ganó la simpatía femenina de inmediato. Contábamos con otra ventaja: Beatriz de Bobadilla y Ulloa, viuda de Hernán Peraza el joven y Señora de La Gomera, debía aburrirse lindamente en aquel reducto, caluroso incluso bajo las abundantes palmeras.

Nos dispersamos por la barriada que se nos indicó. Los oficiales dormirían en casas medianamente decentes. Los demás lo haríamos como a bordo, casi al raso. Aunque sobre nuestras cabezas hubiese viejas velas que retrasaban la dureza del sol matutino o cañizos hechos de palmera seca, el aire entraba por todas partes, grato en la oscuridad, caliente durante el día.

La mayoría de los asentados allí eran andaluces, así que a los de La Pinta no nos faltó el vino ni las guitarras moriscas de fogata. Los norteños de La Santa María demostraron más interés por la media docena de putas que ofrecía el único burdel del pueblo. Los de La Niña nos descubrieron los plátanos y comimos de esa extraña fruta hasta que se nos paró el ombligo.

Estuvimos un mes en aquellas latitudes y tuve oportunidad de conocer mejor a la marinería y a los oficiales. A Martín Alonso, Francisco, Maestre Diego, el grumete Garcés, Rodrigo, Damián, Pedro Izquierdo, Juan de Moguer, el portugués y el joven de Calabria... Hablaré con calma de todos ellos, porque aquí sería más preciso decir que entonces fueron los marineros quienes me conocieron a mí. A la marinería se la entiende de verdad navegando a ciegas y eso aún estaba lejos: el recorrido hasta Las Canarias en seis días de carabela por una ruta hecha no nos había puesto a prueba.

No obstante, el miedo al viaje por aguas nunca antes surcadas se palpaba junto a las fogatas sin necesidad de palabras. Nadie hablaba tampoco de lo que sucedería al llegar a Las Indias. Si nos quemarían vivos como a herejes o nos recibirían en la torre más alta de aquellos reinos.

Doña Beatriz sí recibió mientras estuvimos en La Gomera, al almirante y al capitán de La Niña, Vicente Yáñez, más mundano que su hermano Martín Alonso. Éste último acudió a algunas recepciones para no ser tachado de descortés ni perder su posición en la aventura, pero se cansó pronto. Le importaba más asegurar nuestra eficacia en lo que nos aguardaba más adelante y se ocupó de repasar las condiciones de las naves.

Eso le llevó a sustituir la vela latina que lucía La Pinta en el palo de popa por una cuadrada con la que ganar velocidad.

Acompañé en aquellos días a Maestre Diego (un tipo enjuto con encrespado pelo rubio, curiosidad sin límites y modales de sacamuelas), para aprovisionarnos de una hierba que, aún secada al sol y hervida en agua, mitigaba las cagaderas tan propias de aquel clima y quizá del que nos esperaba al otro lado del mundo. También cogimos semillas de plátano y de caña de azúcar. Otros menos instruidos se ocuparon de recoger leña para los cocineros. Reponer los alimentos frescos y renovar barriles de los que beber fueron cosas que se dejaron para poco antes de partir.

Al cabo de tres semanas detenidos en San Sebastián, todos los arreglos que podían hacerse en las embarcaciones, algunos marineros canarios reclutados para la expedición y el nuevo velamen esperaban el momento de zarpar, aunque éste no llegaba. Las malas lenguas decían que Colón y Doña Beatriz estaban conociéndose mejor, pero pronto sabríamos que no había tal cosa. Mi capitán y mi maestre se reunían a la menor ocasión con su otro hermano y era fácil que los parlamentos terminasen a voces.

A Martín Alonso le devoraba la impaciencia por partir, pero gracias a una idea de su fiel Francisco, encontró el modo de emplear bien los días que aún restaban para echarse a la mar. Hasta aquel momento, solo la vela mayor de la nao Santa María ostentaba una imponente cruz roja en su centro, no así las carabelas gobernadas por los Pinzón.

“Hagamos un par de buenas cruces para coserlas a las velas mayores de La Pinta y La Niña, como la de su nave, puesto que todos necesitaremos la simpatía del Altísimo”, dijo Francisco con sonrisa socarrona. Y su hermano don Alonso estuvo de acuerdo inmediatamente. Juan De La Cosa, maestre de La Santa María, se apuntó también al reto con no poco regocijo.

Lo difícil fue encontrar tela roja en aquel puerto sin recurrir a Doña Beatriz, haciendo discretas averiguaciones en las que sólo se implicó a unos pocos tripulantes, los más comprometidos con los velámenes, para que todo siguiese el cauce lógico. Afortunadamente, no hay nada que no puedan inventar un canario, un gaditano, un vizcaíno y un montañés trasegando vino en una taberna. Cuando aquellos bebedores dieron con

la solución, me buscaron y tuve que ejercer de vocal ante el capitán de La Pinta y su maestro:

— Ya sabemos quién puede darnos cuanta tela roja nos haga falta y sin que trascienda.

Los dos hermanos me miraron con sorpresa.

— Habla pues, Bernalillo. Quién nos dará esa tela.

— Las putas, mi capitán.

— Dicen que esto lo harán gratis – balbució el montañés detrás de mí. – Por su salvación y la nuestra.

— A vuesa merced no lo salva ni Dios. – me pareció entender al gaditano Damián, que le flanqueaba.

### CAPÍTULO III: LA MAR OCÉANA

Si por alguien amagó con derramar una lágrima la Señora de Bobadilla y Ulloa, viuda de Hernán Peraza el joven, no fue por el almirante, sino por el otro convidado a la torre con más frecuencia de la aconsejable: Vicente Yáñez, que si no en mundanidad, superaba de largo a Colón en juventud y atractivos. A pie de arenas canarias, todo quedó en miradas lánguidas y un secretismo galante, pero a mí me bastó ver el gesto censor de Martín Alonso a su hermano pequeño y atar cabos, para sacar mis propias conclusiones.

Empezamos a navegar mientras los habitantes de San Sebastián, reunidos en la costa, nos decían adiós con mayor o menor decoro. Detrás del grupo de figuras preminente, formado por doña Beatriz, sus damas, los oficiales de tropa y unos cuantos arcabuceros, se extendían los pescadores de La Gomera y, en una punta algo apartada, pero bien visible, las putas de aquella isla, ruidosas y exageradas en su braceo hacia la marinería que se alejaba de tierra.

Solo cuando La Santa María se adelantó a las carabelas que la escoltaban a derecha e izquierda, pudo ver Colón las velas mayores de ambas embarcaciones, hinchadas por el viento sus grandes cruces rojas sobre el blanco cuadrado que las impulsaba hacia la mar oceana.



Habiendo zarpado ya de La Gomera hice buenas migas con un grumete llamado Garcés. Era un montañés bregado en el Cantábrico, que había llegado a fuerza de mandobles hasta

Granada y no le había importado continuar su avance, presintiendo guerras más gloriosas que la última. “Porque los mejores tajos se dan entre los que se conocen demasiado y entre los que no se conocen de nada. Lo que hay en medio suele acabar en palabrería”.

Garcés tenía una cabeza redonda y dura como una bala de bombardera y un cuello corto de toro. Los brazos parecían pernils de cerdo listo para la matanza. Curiosamente, lo que más le gustaba de la tierra que había dejado atrás era el jamón, que en la montañosa cornisa en la que nació “se curaba sin igual” y que no probaba desde que entró en el reino del moro. Cuando cayó aquel, no encontró un solo jamón con que celebrarlo. Estuvo a punto de dar media vuelta y emprender el regreso a casa, pero entonces le tentaron con unas Indias llenas de cerdos, allá donde el sol se pone. Decidió creer en aquel paraíso de carne magra y se sumó a la aventura diciendo: “Allí se me ponga el sol donde me den vino y jamón”. En fin, que Garcés era un soñador irremediable.

En el otro extremo de la tripulación sin rango estaba Rodrigo, el marinero más veterano de La Pinta. Muy moreno, salvo en la barba veteada de grises, con ojos grandes, hundidos y vivaces, nariz ganchuda, cuerpo fibroso y camisa blanca de lino bien cuidada para su oficio. Sabía oler la lluvia sobre la mar oceánica con horas de antelación, como un labriego de secano la huele sobre las tierras de labranza. Hacía unos nudos prodigiosos y aprovechaba cada movimiento sobre la tablazón de la carabela con un principio sencillo y despreciado por los más jóvenes: “nunca hagas un viaje en balde”. Y al decir viaje no se refería a aquel que nos correspondía a todos en dirección a Las Indias, sino a cualquier tarea en cubierta que te llevara de un lado a otro. Si caminaba hasta proa para revisar el bauprés, llevaba un cabo de cuerda que hiciese falta allí para asegurar mejor un barril de agua. Al regreso, traía una tela a remendar, antes de darles grasa a los obenques o revisar

el fanal de posición. En resumen, nunca atendía nada que no le permitiera llevar o traer otra cosa tan necesaria como sus directos quehaceres. Gracias a este método, jamás le vi hacer dos veces el mismo recorrido para ocuparse de una sola cosa. Apuraba sus energías racionándolas. También era muy devoto de Santa Clara y supersticioso como buen marino. Ambas cosas nos traerían con el tiempo fortuna y calamidades, pero no sabría decir qué le debemos a su fe católica y qué a sus miedos ante señales tan difíciles de entender como la lluvia presentida en el olor del aire.

Damián era otro cantar. Gaditano, locuaz, flexible y gallardo, subía por el palo mayor como un gato, movía cada vela con la presteza que pide un cambio de viento, su mengua o su llegada. Pero también sabía leer, escribir y calcular. Había sido ayudante de cartógrafo, preso de los infieles, pescador y pirata antes de cumplir los treinta. Le gustaba la noche. Era el que repartió mojama en el corrillo de cuentos para dormir, hasta que se le terminó. Nunca supe si era suya, se la pedía al cocinero o la distraía de la bodega. Pero resultaba grato aquel último bocado después de una jornada extenuante.

Una noche, se juntaron a nuestro grupo los dos condenados que, de los cuatro que iban en aquel viaje, nos habían tocado en suerte. Un pregonero llamado Juan Martínez tuvo una diferencia personal con el marinero Bartolomé de Torres, se fueron a las manos y este apuñaló y mató al otro. Bartolomé fue condenado a muerte, pero antes de su ejecución en la horca sus amigos Juan de Moguer, Alfonso Clavijo y Pedro Izquierdo entraron en la cárcel de noche y lo liberaron. Al día siguiente fueron encontrados y encarcelados los cuatro, y los tres amigos también fueron condenados a muerte, porque si alguien liberaba a un reo y le capturaban era condenado a la misma pena. Finalmente se salvaron de la horca a cambio de enrolarse en La Santa María, aunque no serían indultados hasta su regreso del viaje. Colón había separado el grupo para

ahorrarse complicaciones y Pedro Izquierdo y Juan de Moguer, buenos marineros ambos, estaban de tripulantes en La Pinta.

El asunto tenía su gracia de por sí, puesto que el principal delincuente lo era en realidad por un asunto de faldas, aunque a aquel pregonero difunto no le gustó que se airearan las veleidades de su mujer.

Damián tiró de la lengua a uno de aquellos “bachilleres de la evasión” y fue cuando supimos de primera mano lo que había hecho el fogoso Bartolomé.

— Lo detuvieron por una cuestión de honra... — dijo Juan de Moguer — Pero había que ver a doña Blanca...

— La honra no se toca — sentenció Rodrigo.

— Seguro que la honra no se la tocó — intervino Damián zumbón — pero todo lo demás...

Las risas de los marineros debieron llegar hasta la cercana cubierta de La Mariagalante, en la que se arrebujaban el mancillador de honras y el tercer “bachiller”. Llevábamos poco tiempo de travesía. Aún había ganas de reír.



La navegación sin que la mar se ponga demasiado brava es un privilegio monótono que multiplica las ansias del contra-maestre para que toda la tripulación esté ocupada y pone a los más avispados a pensar en qué va bien y qué no. Avanzábamos con un viento que hinchaba nuestras cruces rojas en honor del Altísimo, pero cada intercambio de pareceres con Colón, lo que no se demoraba más de un día, iba volviendo torva la expresión de los hermanos que mandaban en La Pinta.

Era aún pronto para impacientarse, pero Martín Alonso y Francisco garabateaban en su mesa con desconfianza creciente. Vigilaban el mar, el sol, las estrellas, volvían a sus cálculos marineros y para mí, que bebía con ellos cada tres por cuatro aquel vino cada vez más áspero, era evidente que se temían

alguna clase de traición marinera. Aunque lo disimulaban en mi presencia como quien esconde un mal ejercicio de escritura delante de un fraile suelto de mano.

En cubierta, las raciones no habían menguado, el trabajo agotaba y las conversaciones ociosas giraban alrededor de mujeres públicas, monstruos marinos y nostalgias sobre guisotes de cada región representada en el grupo. Los pescados fritos de Huelva, las gachas picantes de Granada, el amado jamón norteño de Garcés... A decir verdad, nos habíamos hartado ya de comer arroz, en Las Canarias y a bordo. No es que fuese lo único que nos llevábamos al buche, pero era el alimento que sustituía a la carne cuando tocaba ayuno y, poco a poco, le íbamos tomando ojeriza.

Bueno, no todos: Nuestro portugués (creo que había uno en cada barco, aunque solo conocí a este), se llamaba Joao y le encantaba el arroz. No es que fuera tan entusiasta como Garcés con el jamón, pero solo había dos alimentos que le maravillaban: el arroz y el bacalao. Sabía cómo prepararlos a la vez, aunque nuestros pescados en salazón eran diferentes y el cocinero de La Pinta despreciaba a los entrometidos, especialmente los que venían de otros reinos.

Joao era un marinero nacido para ser marinero y cantaba con una voz profunda, triste y evocadora. Cuando lo hacía, no le entendíamos del todo, pero todos pensábamos en Moguer, en nuestras madres o esposas, en mujeres que nunca serían nuestras, en el sabor y el color de las barriadas que quedaron atrás.

Joao era menudo, fuerte y nervioso. Le gustaba provocarnos diciendo que sus paisanos llevaban años de ventaja en la ruta hacia Las Indias. Tenía razón. Maestre Diego me explicó cómo se había cerrado la Ruta de la Seda veinte años atrás con la caída de Constantinopla bajo el poder otomano. Sin camino por el Este para comerciar las especias, el portugués Bartolomé Dias bordeó el África hasta el cabo de Buena Esperanza, cinco años antes de que nosotros nos embarcáramos hacia el Oeste,

buscando el mismo destino. En fin, que Joao nos hacía rabiar, pero era alguien valioso del que fiarse.

Además, viajaba con nosotros un calabrés que se incorporó pronto al rincón del descanso nocturno. Nunca supe su nombre, todos le llamábamos “el calabrés”, como si alguien allí supiera dónde putas está Calabria. Nos sonaba a territorio de los francos o de los romanos, pero vaya vuesa merced a saber. Era bien parecido, con el pelo negro y brillante, mirada azul y gesto perpetuo de sonreírte mientras te clavaba un puñal en la tripa. Eso no nos quitaba el sueño, porque todos habíamos llegado al convencimiento de que las tripas para su puñal estaban esperando en un mundo ignoto, más allá del mar. Y sabía estar en cubierta, sobrado de temple. Con Damián era uña y mugre, discutían sobre leguas, mujeres y pescado frito. Un compañero, el calabrés, para tener cerca, nunca enfrente.

En fin, todos los que yo trataba iban acumulando temores, ilusiones y secretos. Pero solo algunos se comentaban: la riqueza, la fama, las mujeres, el mar. Para lo demás, confiaban en mí, que a veces visitaba el único lugar cubierto bajo la noche estrellada. Nadie de aquel grupo inolvidable me reprochó estar a buenas con el capitán. Se consideraba una ventaja que podíamos compartir.

Y no les faltaba razón: cuando me convocaba al camarote para regalarme con vino y usar mi buena letra, mi señor Martín Alonso tenía sus propias historias que contar. No sé si pensaba que un jovenzuelo como yo a duras penas las entendería, si eran maniobras para distraerme, o si lo hacía con la intención oculta de divulgar aquellas cosas entre la marinería. A mí me parecieron noticias que muchos debían conocer de primera mano, pero quizá los informados no se sentaban en mi corro nocturno o todo aquello les había sorprendido a mis amigos lejos de tierra firme.

Según me contó una noche con el primer vino, el 30 de abril de 1492 el pueblo de Palos de la Frontera fue condenado

a poner a disposición de Colón dos carabelas para usarlas en el viaje. La sentencia la leyó un pregonero el 23 de mayo en la puerta de San Jorge de Palos.

— ¿Un pregonero? ¿No se llamaría Juan Martínez?

— Puede ser, no me acuerdo. ¿Es pariente tuyo, Bernalillo?

— No. No. Continúe, capitán. Solo sé de esta querrela lo que me contaron los frailes.

Por lo que yo había oído en La Rábida, el motivo de la condena fue que Castilla acordó con Portugal que los navíos castellanos no podían faenar al sur del *cabo Bojador*, un poco más abajo de las islas Canarias, pero los marineros iban a lo suyo.

— La condena a Palos no fue para conseguir dineros ni barcos, Bernalillo, fue por haber capturado al rey de Gambia en una de esas travesías más largas de lo permitido que hacen nuestros barcos. Una práctica que está prohibida y penada, con o sin rey de Gambia de por medio. Pero claro, ya que estábamos, la multa real se convirtió en dos carabelas que Palos tenía que entregar a la Corona, para aventuras marineras como esta. Porque tenían que estar perfectamente equipadas, en previsión de dos meses en el mar y con sus gastos cubiertos por 120 días. Si el almirante estaba detrás de esa idea, nunca lo sabremos. Pero Palos hizo honor a su nombre, porque llovieron de unos y de otros en aquellos días.

— ¿Y Palos pagó? ¿Cómo se calmaron los ánimos?

Don Alonso sonrió ladino, empujando hacia mí el tintero, la pluma y su libro de anotaciones.

— Eso lo contaré otra noche. Anda, copia, Bernalillo. Pon el día en que estamos, lo primero. —Miró por encima de mi hombro y siguió hablando de buen humor —Imitas bien mi letra, zagal. Acabarás firmando algo por mí, a poco que me descuide. Anota: “hemos evitado navegar más al sur de Las Canarias, porque había tres naos portuguesas cerca y podían detenernos en esas aguas acogiéndonos al *Tratado de Alcaçovas*”.

A Don Alonso le encantaba mencionar tratados y leyes del mar, como muestra de que estaba al tanto de aquellos conocimientos que, más allá de su cubierta, distinguen a un buen capitán.

— “Los marineros están contentos” – siguió dictándome. — “Pero el viaje no ha hecho más que comenzar. Hemos cargado en Gomera alimentos frescos para la primera semana y toda la tripulación está sana, según Maestre Diego”. ¿Lo has escrito todo? Déjame verlo... Bien. Sírvele otro vino a este barbián, hermano, para que se vaya a dormir a gusto. Y veamos otra vez las leguas recorridas.



A babor, flotando lento y giratorio, brillante por la sal y el oleaje matinales de la mar oceánica, vimos el palo mayor de un barco. O este había buscado puerto sin el mástil o percido en el fondo terrible de las aguas profundas. No me atreví a preguntar por el significado de semejante aparición ¿Aquello se consideraba mal o buen augurio? A mi alrededor había gestos para todo.

— Sería bueno hacerse con él – dijo don Alonso, echando el ojo a Garcés, que era con mucho el hombre más corpulento de la marinería.

Me lancé a ayudarlo. Garcés cogió un cabo, me entregó el otro extremo y se arrojó al agua. Pocos metros tuvo que nadar como un perro hasta el madero para ponerle el lazo.

— No tires. Pero que no se te escape.

El montañés tardó un suspiro en estar de nuevo a bordo y cogirme la maroma. Tenía brazos de hierro y con mucha pericia logró acercar el palo hasta nuestro casco sin herirlo. Pero izarlo hasta cubierta fue otro cantar. Tras un rato de forcejeo con aquel arpón de Titán, seis grumetes y yo mismo empapados de arriba abajo, varias manos desolladas y un sinfín de maldiciones,

Martín Alonso ordenó desistir. Aquello solo había servido para dar tiempo a La Niña y La Marigalante de acercarse a nosotros, que siempre sacábamos ventaja.

Seguimos rumbo mientras la capitana se detenía para intentar lo mismo con similar entusiasmo.

— No lo conseguirán – gruñó Garcés – Harían falta diez hombres de mi fuerza para meterlo a bordo con este oleaje.

Tenía razón. Les vimos rendirse desde la distancia. Lo único que sacamos del lance fue una ración de mojama y vino para el grupo que se secaba al sol. Así que decidí que aquel mástil no podía ser otra cosa que un buen augurio. Estábamos en el quinto día de navegación hacia lo desconocido.

Esperamos que te haya gustado estos tres primeros capítulos de Mares Nuevos de la serie Bernal del Nuevo Mundo y te hayas enganchado a las aventuras de Bernal durante el Descubrimiento y Conquista de América.

Si deseas más información entra en:  
[www.BernalDelNuevoMundo.com](http://www.BernalDelNuevoMundo.com)

O escríbenos a la dirección de email:  
[info@bernaldelnuevomundo.com](mailto:info@bernaldelnuevomundo.com)

## **¿Dónde adquirir Mares Nuevos impreso?**

[FNAC](#)

[Casa del Libro](#)

[Librería de El Corte Inglés](#)

[Amazon España](#)

[Todos tus libros](#)

[Librería Antonio Machado](#)

o en tu librería preferida, pídelo y lo tendrás muy pronto.